



UNA NUEVA ECONOMÍA GLOBAL PARA EL DESARROLLO SOSTENIBLE

Ariel Enrique Guarco

Presidente de la Alianza Cooperativa Internacional (ACI)

Las cooperativas son el resultado de la acción fraterna de hombres y mujeres que deciden en forma voluntaria, autónoma y democrática hacer frente a sus necesidades y aspiraciones comunes. Este origen, de clara impronta local, nunca ha sido una limitación para asumir los desafíos globales.

El cooperativismo desde sus inicios ha comprendido su papel en la transformación de la sociedad y ha asumido la necesidad de contar con una voz propia en el contexto internacional. Basta recordar que la Alianza Cooperativa Internacional fue fundada en el año 1895.

Esta vasta experiencia nos permite afirmar que no hay soluciones locales sostenibles si no hay un contexto internacional que las favorezca, ni hay soluciones de carácter global si estas no se construyen desde la responsabilidad, la inclusión y el protagonismo de las comunidades locales.

Conforme con esta historia y compromiso, la Alianza ha debatido intensamente en los últimos años su papel de cara al desafío que enfrenta la humanidad: el cambio climático y la consecuente necesidad de construir una nueva economía global que resulte consistente con el desarrollo sostenible y la paz.

Hoy resulta necesario torcer el rumbo de los modelos hegemónicos de producción y consumo que están provocando el cambio climático.

Debemos partir del diagnóstico consensuado en el marco de la Organización de las Naciones Unidas, tal como se desprende del Acuerdo de París (Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático) y de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible aprobada por la Asamblea de Naciones Unidas.

Como expresa este último documento, «el cambio climático es uno de los mayores retos de nuestra época y sus efectos adversos menoscaban la capacidad de todos los países para alcanzar el desarrollo sostenible. Peligra la supervivencia de muchas sociedades y de los sistemas de sostén biológico del planeta».

Lamentablemente, no ha sido suficiente el esfuerzo realizado desde la firma de estos acuerdos en 2015. El último Informe de Brecha de Emisiones del Programa de la ONU para el medioambiente nos dice que con los compromisos asumidos por los gobiernos hasta ahora, en el 2030 solo se alcanzaría a un tercio de la reducción de las emisiones requeridas para cumplir con los objetivos climáticos. Esto pone en riesgo la vida de cientos de millones de personas.

No solo es una amenaza en el mediano plazo, ya está teniendo impacto sobre la humanidad, en particular sobre los sectores más vulnerables. De acuerdo al último informe de la FAO *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo* el número de hambrientos en 2017 se incrementó por tercer año consecutivo: 821 millones de personas sufrieron hambre. Hemos retrocedido a niveles de 10 años atrás.

Parte de este retroceso se explica por el cambio climático. Durante 2017 hubo 51 países con crisis alimentarias. Nos dice la FAO que en 34 de estos casos la explicación fue la crisis climática. El número de desastres relacionados con el clima extremo se ha duplicado desde el inicio de la década de los 90.

Podremos enfrentar este desafío de escala global solo si somos capaces de profundizar los caminos de la cooperación internacional y de construir una estrategia global que nos incluya a todos, que no deje a nadie atrás, como propone la Agenda 2030.

El 10 de diciembre de 2018 se han cumplido 70 años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Es la Declaración que los pueblos del mundo firmaron cuando dos guerras mundiales nos enseñaron que la civilización podía autodestruirse si no apostaba al diálogo y la cooperación.

Hoy estamos frente a la misma encrucijada. La guerra comercial, la competencia por el control de los recursos naturales, el desarrollo exclusivamente subordinado a los ritmos del poder económico nos llevará a la autodestrucción por ignorar los límites que nos está imponiendo la naturaleza.

Por ello, el programa del cooperativismo es trabajar por el pleno cumplimiento de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, del Pacto Internacional de Derechos Económicos Sociales y Culturales y, fundamentalmente, de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible.

Sin embargo nos enfrentamos con una terrible paradoja. Cuando más necesaria es la cooperación internacional, cuando el planeta nos está dando señales de que hay problemas globales que debemos resolver entre todos, pareciera que hay una creciente desconfianza en este camino de diálogo y de compromiso recíproco con el destino común.

Vemos con preocupación el creciente consenso de expresiones xenófobas, el debilitamiento de los distintos espacios de integración regional y subregional, las dificultades de diálogo originadas en declaraciones explícitas de guerra comercial, la construcción de muros que no hacen más que evidenciar las limitaciones para construir respuestas globales a los problemas comunes.

El origen de esta creciente desconfianza en las herramientas de la cooperación internacional hay que buscarlo en las características que ha asumido la globalización económica.

Nuestras comunidades se sienten desamparadas frente a una globalización hegemonizada por el capital financiero concentrado, que no tiene compromiso con ningún territorio.

Ante este desamparo que sufrimos los pueblos del mundo, tenemos la opción de aislarnos, o tenemos el camino de pensar una nueva globalización, que sea impulsada desde la participación de las comunidades locales, y que esté centralmente orientada al cumplimiento de los objetivos de desarrollo sostenible.

Este es el papel que deben jugar las cooperativas junto con el resto de los actores de la economía social: la construcción de una economía con raíces en cada uno de nuestros territorios.

Ello exige un trabajo de cooperación con los gobiernos y organismos internacionales bajo dos premisas: la necesidad de apostar por modelos empresariales compatibles con el desarrollo sostenible, y una crítica profunda sobre la subordinación que hoy sufre la economía real en manos de la especulación financiera de carácter global.

Respecto al primer punto, es necesario debatir que no todos los modelos empresariales son equivalentes a la hora de construir economía comprometida con el desarrollo sostenible.

Hay que impulsar una visión superadora, en este aspecto, de la Agenda 2030 —que parece poner a todos los modelos empresariales en un mismo plano— y tomar como referencia el informe que presentó el secretario general de Naciones Unidas en diciembre de 2017, titulado *Las Cooperativas en el Desarrollo Social*, donde se afirma que «las empresas cooperativas están en una posición única para ayudar a promover la Agenda 2030. Son vehículos naturales para ofrecer la asociación de colaboración y el enfoque integrado y centrado en las personas que se necesitan para alcanzar los 17 objetivos del desarrollo sostenible. Como empresas regidas por valores y basadas en principios, se esfuerzan por conseguir el bienestar de todos sus miembros y se centran en el desarrollo de las comunidades en las que operan. Está en su naturaleza salvaguardar las relaciones comunitarias, mejorar los recursos locales, promover la responsabilidad social y adoptar prácticas comerciales sostenibles en el largo plazo».

A partir de dicha mirada, desde el movimiento cooperativo debemos sumarnos como un actor prioritario y priorizado en el marco de la Alianza para el Desarrollo Sostenible que propone el objetivo número 17 de la Agenda 2030. Este objetivo es clave, ya que ninguno de los 16 anteriores será posible si no se refuerza una alianza estratégica entre los distintos actores públicos y privados que esté en condiciones de motorizar el esfuerzo mancomunado que se requiere.

Junto con el consenso sobre la necesidad de modelos empresariales apropiados para el desarrollo sostenible, es necesario trabajar en el consenso sobre la necesidad de modificar las reglas de juego del sistema financiero internacional. Es imposible trabajar por el desarrollo sostenible si la economía real de cada uno de nuestros países y comunidades está subordinada al capital financiero especulativo internacional.

Esto, nuevamente, está dicho y consensuado en el marco de la Asamblea de Naciones Unidas. Fue el resultado del trabajo de la llamada Comisión Stiglitz, que luego quedó plasmado en el Documento Final de la Conferencia sobre la Crisis Financiera y Económica Mundial y sus Efectos en el Desarrollo (A/Res/63/303).

Son flagrantes las contradicciones de la arquitectura global del sistema financiero, y de las exigencias del FMI a los países con crisis de deuda, con todo lo que afirma en este documento aprobado por la Asamblea de Naciones Unidas. Si no se resuelven estas contradicciones, es muy difícil trabajar desde las empresas por el desarrollo sostenible y, lo que es más grave aún, recomponer la enorme desconfianza que ha generado en los pueblos todo aquello vinculado a los organismos internacionales que deberían estar liderando la consecución de los objetivos de desarrollo sostenible.

Ha sido extraordinariamente claro en este sentido el documento *Cuestiones Económicas y Financieras* hecho público por el Vaticano en enero de 2018, donde se expresa que «la reciente crisis financiera era una oportunidad para desarrollar una nueva economía más atenta a los principios éticos y a la nueva regulación de la actividad financiera, neutralizando los aspectos depredadores y especulativos y dando valor al servicio a la economía real», pero que sin embargo «no ha habido ninguna reacción que haya llevado a repensar los criterios obsoletos que continúan gobernando el mundo».

Esta estrategia de cooperación con gobiernos y organismos comprometidos con la promoción de los modelos empresariales de la economía social, debe tener como contrapartida el fortalecimiento de los órganos de integración. En términos de la Alianza Cooperativa Internacional, esto se traduce en la necesidad de fortalecer los ámbitos de integración cooperativa nacional, regional, sectorial y global.

Nuestra tarea no puede reducirse a una tarea de incidencia sobre los gobiernos. Es necesario construir una red empresarial del cooperativismo y la economía social en condiciones de ser el sustento material de una nueva economía global. Esta solo puede ser fruto de empresas arraigadas en el territorio, pero con proyección global a partir de estrategias de integración.

Debemos demostrar que somos mucho más que organizaciones que vienen a ofrecer su trabajo voluntario por la sostenibilidad: somos empresas con un modelo alternativo, que ha demostrado ser capaz de construir economía desde el interés local y con proyección global.

Nuestro optimismo para esta tarea se basa en que amplios sectores de la sociedad han tomado conciencia sobre la necesidad de cambiar la forma de producir y de consumir, dando lugar a la emergencia de una gran diversidad de iniciativas sociales que buscan nuevos caminos y alternativas.

Nos referimos a los movimiento ecologistas, a las nuevas experiencias de redes de producción y consumo local, al nuevo municipalismo, a las iniciativas para una alimentación sana que abandone las pautas del consumo estandarizado y ultra procesado promovido desde las multinacionales, a las iniciativas emergentes de los sectores sociales castigados por la deslocalización de las plantas industriales, a todos aquellos que están trabajando para el desarrollo de energías renovables, el reciclado de residuos, la construcción de hábitat con criterios de sostenibilidad, nos referimos también al movimiento por los derechos de las mujeres, que requieren empresas que construyan condiciones de trabajo con equidad de género.

Es necesario que el movimiento cooperativo, como movimiento que ha sido hijo de las preocupaciones del siglo XIX frente a los modelos empresarios de la exclusión social propios de la revolución industrial, hoy converja con la lucha de estos sectores más dinámicos y de mayor compromiso con el cambio político, social, económico y cultural que requiere el desafío del siglo XXI: superar la crisis climática construyendo una nueva economía global impulsada desde el ámbito local y comprometida con el desarrollo sostenible.

Contamos con una multitud de modelos empresariales en todos los países y en todos los sectores, que a partir de los valores y principios cooperativos, permiten mostrar que la democracia sirve para construir economía.

Porque de eso se trata, de volver a poner la economía en manos de quienes trabajan, consumen, producen, de quienes ahorran en cada localidad, para que esta economía con raíces, con valores y con principios sea la base material del desarrollo sostenible.